

signo lingüístico con su referente, lo cual nos permite recrear el mundo real de esta región poseedora de importantes vestigios arqueológicos. El hallazgo de esta pieza tiene la magnitud del hallazgo de una pieza arqueológica, tal vez como la del joven huasteco, llena de signos, que posiblemente algún día serán leídos con ayuda del conocimiento de la lengua. La obra de Quirós enriquece el saber que tenemos sobre la Huasteca como una de las sub-áreas con personalidad propia dentro de Mesoamérica y viene a enriquecer y dar color a la lingüística misionera.

Hernández, Esther, y Pilar Máynez (eds.), *El Colegio de Tlatelolco. Síntesis de historias, lenguas y culturas* (edición digital), Ciudad de México, Grupo Destiempos, 2016, 263 p.

por Lucero Pacheco Ávila

A la vanguardia de las nuevas formas de la divulgación del conocimiento científico y humanístico, Esther Hernández y Pilar Máynez ofrecen un libro en su versión digital donde reúnen trece estudios de investigadores nacionales e internacionales (historiadores, teólogos, filólogos y lingüistas), cuya finalidad es resaltar desde distintos ángulos la importancia del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, institución fundada en el centro del México novohispano un 6 de enero de 1536.¹

Los textos de esta obra, de acuerdo con el proemio de Jorge Jiménez Rentería, surgieron por unas conferencias y un coloquio llevados a cabo en el Centro Cultural Universitario Tlatelolco (México), respectivamente, durante los años de 2014 y 2015. Además de estar acompañados de llamativas imágenes, apoyados en fuentes especializadas y cuadros explicativos, se encuentran organizados bajo tres ejes temáticos: “I. El proyecto cultural del Colegio: los saberes del Viejo y Nuevo Mundo”, “II. Estrategias de conversión: el

1 Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, notas del autor y de la obra por Joaquín García Icazbalceta, estudio preliminar de Antonio Rubial, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997 (Cien de México), t. II, p. 77-78.

conflicto de cultos y creencias” y “III. La lengua: tácticas de entendimiento”. Dicha estructura no es arbitraria, ya que las editoras distinguen los vasos comunicantes que entre los distintos autores se gestan: algunos abordan ciertas problemáticas referentes a un tópico, fraile franciscano o escrito particular, de las cuales proponen otras preguntas que son contestadas parcialmente o en su totalidad por la contribución posterior. De esta forma, el lector logra completar la historia de Santa Cruz o la biografía o aportación de un misionero; logra visualizar la complejidad respecto de la autoría o edición de un manuscrito, códice, tratado gramatical o léxico; logra saber por qué se confeccionaron piezas teatrales, y logra entender lo que implicó la nahuatlización del cristianismo.

El apartado “I. El proyecto cultural del Colegio: los saberes del Viejo y Nuevo Mundo” inicia con el capítulo “El Colegio de Tlatelolco, universo de encuentros culturales”, de José Rubén Romero Galván. Es él quien nos abre las puertas de esta escuela y nos dice por qué ella quedó a cargo de la orden de san Francisco de Asís, cuyos miembros aprendieron náhuatl y se propusieron llevar a cabo la formación educativa de los hijos de los nobles indígenas: ellos serían quienes transmitirían las nuevas creencias en sus comunidades de origen. Menciona que Arnaldo de Basaccio, Bernardino de Sahagún y Juan de Gaona laboraron como maestros y expone las disciplinas que en ese lugar se cultivaron con base en el *trivium* y *quadrivium* medieval. Entre los alumnos que fungieron como intérpretes y que acortaron la distancia transoceánica entre el Viejo y el Nuevo Mundo, destaca a Antonio Valeriano. Asimismo, Romero Galván considera que el *Libellus de medicinalibus indorum herbis*, de Martín de la Cruz y Juan Badiano, el *Códice florentino* y la *Historia general de las cosas de Nueva España*, de Bernardino de Sahagún, así como los *Cantares mexicanos*, son testimonio del encuentro que se dio entre los franciscanos, quienes bebieron la “cultura indígena”, y los niños nahuas, quienes se formaron a partir de la “cultura europea”, lo cual propició el nacimiento de lo que denomina “cultura novohispana”.

El segundo trabajo es “El *scriptorium* del Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco a través de los códices Florentino y De la Cruz-Badiano”, de Salvador Reyes Equiguas. El autor propone que, entre las obras aludidas en el título, existen “contenidos” y “rasgos de estilo compartidos”, ambos aspectos promovidos por lo que considera un grupo de escritores y *tlahcuilos*,

quienes eran especialistas en el manejo del “sistema de representación nativo”. Menciona que ciertos elementos agregados en las pinturas de algunos vegetales del *Badiano*, como lo eran el agua (*atl*) y la roca (*tetl*), no se les incorporaba para completar el “entorno natural”, sino que poseían valores fonéticos, como */a/* en *axocotl* (“fruta de agua”) y */te/* en *teamoxтли* (“musgo de piedra”); y en otros casos evidencian las convenciones pictóricas empleadas para plasmar la botánica en la cultura náhuatl.

En el tercer capítulo, “Los dioses de Tlatelolco: apuntes para un acercamiento a la imagen franciscana del ‘politeísmo’ mesoamericano”, de Sergio Botta, observamos que dentro de Santa Cruz los franciscanos reflexionaron sobre los dioses del panteón mexica y esto ocurrió, según el teólogo, en tres etapas distintas. La primera, denominada “optimista”, fue representada por fray Andrés de Olmos en su *Summa*, obra a la cual han hecho alusión otros escritores novohispanos. La segunda, llamada “pesimista”, fue fomentada por fray Bernardino de Sahagún en los *Coloquios y Doctrina christiana*, en los *Primeros memoriales*, en los *Códices matritenses*, en el *Códice florentino* y en la *Historia general*. La tercera es la “recapitulativa”, promovida por fray Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana*, que coincide con el momento en el que se dio un paso, como lo advierte el autor, de lo etnológico a lo antropológico. Para Sergio Botta, los tres franciscanos pudieron comprender de esta manera el “politeísmo” nahua, delimitar la naturaleza de sus deidades y considerarlas como “patrimonio de la humanidad entera”.

La segunda sección de este volumen “II. Estrategias de conversión: el conflicto de cultos y creencias” inicia con el capítulo “Tlatelolco y el diálogo intercultural”, donde Francisco Morales complementa el esbozo histórico ofrecido por Romero Galván sobre el Colegio de la Santa Cruz. A partir de los *Coloquios y Doctrina cristiana* y el *Nican mopohua*, Francisco Morales aborda tres temas principales: la Divinidad, la Iglesia y la virgen María; por medio de ellos, analiza las expresiones en náhuatl usadas para designar a estos y otros aspectos de la religión cristiana. Por ejemplo, *nelli teutl* (“verdadero Dios”) e *in totecuyo Dios* (“nuestro señor, Dios”) sirvieron para evocar al Dios cristiano en los *Coloquios*. En lo concerniente a la Iglesia, se recuperó dentro de este mismo libro novohispano la expresión “el reino de los cielos” que fue traducida a la lengua mexicana como *ilhuicatl tlatocaiotl*. Acerca de la virgen María, se manejó *in inatzin* (“su madrecita de Él”) en el *Nican mopohua*.

En “La magia de la palabra en fray Andrés de Olmos”, Antonio Huerta Soto trata la vida, obra y aportaciones de este franciscano. Resalta la estancia del misionero en Tlatelolco, lugar donde “inventó” el método etnológico que le permitió tener “contacto directo con los indígenas” y conocer su riqueza cultural. Al analizar el *Tratado de hechicerías y sortilegios* (1553), Huerta Soto se da cuenta de que Olmos se adecuó al esquema y contenido del *Tratado muy sutil y bien fundado de las supersticiones y hechicerías y vanos conjuros y abusiones, y otras cosas tocantes al caso y de la posibilidad y remedio dellas* (1529), del religioso español Martín Castañega. Una palabra que fray Andrés tomó de este texto fue “hombre-búho” para aludir al “diablo”; sin embargo, lo personificó como un “señor prehispánico”.

En “Teatro en Tlatelolco. Los indígenas salen a escena”, Raphaële Dumont expone que, dentro de esta institución colonial, se dio la “eclosión del teatro misionero” y se presentaron las obras *El juicio final*, de fray Andrés de Olmos, y la *Comedia de los reyes*. Entre algunos escritores de piezas dramáticas en Santa Cruz, figuran Juan de Gaona, Juan Bautista, Jacobo de Testera, Juan de Torquemada y los alumnos del colegio, quienes redactaron *Miércoles santo*, lo cual fue señalado por Louise Burkhart y considerado también por la autora. Dumont subraya que los indígenas en muchas ocasiones elaboraron el decorado y fabricaron el vestuario, además caracterizaron a los personajes, porque poseían la capacidad de “transmitir, a su vez, los misterios de la fe cristiana” en su propia lengua. Señala que los franciscanos se valieron de este género literario para que los indígenas se prepararan como sacerdotes.

El cuarto capítulo de esta segunda parte del volumen es “Mensaje cristiano y persuasión en el *Sermonario en lengua mexicana de fray Bernardino de Sahagún*”, de Pilar Máynez. La investigadora hace un análisis comparativo del Ms. 1485 de la Ayer Collection de la Newberry Library de Chicago con un documento del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México (BNM), el cual está catalogado “bajo la asignatura 1482”. Expone que el primero es anterior al existente en el repositorio mexicano y supone que es un borrador, ya que contiene enmiendas, tachaduras y apostillas en latín, náhuatl y castellano; además le falta un exordio, una tabla introductoria y los quince primeros sermones. Respecto del segundo, advierte que es posterior al ejemplar albergado en la colección estadounidense, porque está más

cuidado, se emplea un mayor número de abreviaturas y posee “cuarenta y nueve piezas litúrgicas elaboradas por Sahagún y una producción homilética del también franciscano Alonso de Escalona”. Afirmar que en este manuscrito se manejan “dos formas de concebir la prédica y dos maneras distintas de transmitirla”. Asimismo, opina que, para fray Bernardino, la mejor forma de que los naturales “abrazaran el cristianismo” era dotar a sus libros de cierto orden y habilidad discursiva, lo cual es visible en su *Sermonario*.

La quinta y última contribución de este segundo apartado corresponde a “Figuras retóricas en el *Coloquio de los doce* de fray Bernardino de Sahagún y el colectivo indígena de Santa Cruz de Tlatelolco, 1564”, de Citlalli Bayardi Landeros. Como el título lo indica, la autora examina las figuras de dicción (repetición, homéoptoton o similitudencia...) y figuras de pensamiento (digresión, paréntesis, *interpretatio*...) que encontró en la versión náhuatl de los *Coloquios de los doce* mediante cuadros comparativos. En ellos, dedica una columna a la transcripción del escrito en lengua mexicana y en otra plasma la adaptación sahumantina en lengua española —en ambos casos respeta la ortografía, abreviaturas y signos del texto original—; una fila más es ocupada para exponer su propia traducción, con el objetivo de que sea el lector quien compare y llegue a sus propias deducciones respecto de la riqueza lingüística y estilística que del escrito novohispano emana. Por ejemplo, distingue la polisíndeton por el uso de la partícula *in*, como en *in Auitzontzin / in Axaiacatzin, / in Tiçocicatzin* (“Ahuitzotzin, Axayacatzin, Tizocicatzin”). Todo lo anterior le ayuda a vislumbrar que existen dos escritos de los *Coloquios de los doce*: uno elaborado por el “colectivo de intelectuales indígenas” y otro por fray Bernardino.

La tercera sección de este libro “III. La lengua: tácticas de entendimiento” comienza con el trabajo de Klaus Zimmermann, “Análisis de aspectos de la pragmática y la retórica en los *huehuetlahtolli* (en lengua mexicana o náhuatl) de fray Andrés de Olmos y Bernardino de Sahagún”. El especialista alemán indica que ambos franciscanos se dieron a la tarea de recopilar y elicitar “discursos ceremoniales orales” donde se albergaba la palabra de los antiguos mexicanos. Estima que los *huehuetlahtolli* de Olmos se insertaron en su *Arte de la lengua mexicana* (1547), porque el franciscano pretendía dar a conocer las “maneras de hablar como los ancianos” y el “habla natural”, con el objetivo de adquirir una “competencia comunicativa”. Por su

parte, Sahagún incorporó los *huehuetlahtolli* u “oraciones” al libro VI del *Códice florentino* y de la *Historia general* para la enseñanza de la lengua y para “destacar la alta cultura” de los mexicas. De esta manera y a través de un análisis de los “actos de habla”, Zimmerman indica que estos religiosos pretendieron mostrar en sus textos las variedades socio-pragmáticas del náhuatl, a las que ellos se enfrentaban más allá de los muros de Tlatelolco.

El segundo texto corresponde a Otto Zwartjes, quien en “Métodos de enseñanza y aprendizaje en la Nueva España: el Colegio de Tlatelolco” propone que los autores de *artes* se nutrieron de los libros arribados de Europa, como los de Luis Vives, Nebrija o Desiderio Erasmo de Rotterdam. El carácter didáctico de éstos se observa, con base en la propuesta de Aquilino Sánchez Pérez retomada por el lingüista holandés, en los aspectos gramatical y conversacional. Sobre este último caso, menciona que hay ejemplos de pláticas con base en preguntas y respuestas en algunas secciones de ellas. Sin embargo, un testimonio novohispano que, de acuerdo con Zwartjes, está dedicado en sus totalidad al lenguaje común de los nahuas es el *Vocabulario manual...* (1611), de Pedro de Arenas. En lo que se refiere al Colegio de Tlatelolco, revisa la estructura del *Arte* de Olmos y la *Grammatica Maturini* de Gilberti. En ésta última, observa que posee reglas gramaticales que se “complementan con diálogos” como los de Erasmo. Constata que es en el *Arte de la lengua de Mechuacan* de Gilberti donde se usan frases más cotidianas. Asimismo, en el *Arte de la lengua mexicana y castellana* (1571) de Molina, considera que se crearon neologismos terminológicos para poder codificar el náhuatl, así como enseñarlo y aprenderlo de una forma más eficaz.

El siguiente trabajo corresponde a Esther Hernández y se titula “Los glosarios de las lenguas indígenas novohispanas”. A partir del planteamiento de Bartholomew y Sholenhals, la autora percibe tres etapas en el caso de los tratados lexicográficos confeccionados en Santa Cruz de Tlatelolco. Primero se realizó la *lista de palabras*, de fray Andrés de Olmos; después, se creó el *glosario*, el cual es representado por el Ms. Ayer 1478 (Albergado en la Newberry Library de la Universidad de Chicago) y que ha sido atribuido a Sahagún; y, por último, este proyecto lexicográfico vino a consolidarse con el *Vocabulario en lengua castellana y mexicana, mexicana y castellana* (1555 y 1571) de fray Alonso de Molina. Asimismo, discute la autoría de las dos primeras obras nombradas líneas arriba. Sobre el *Vocabulario de verbos*

nahuas (c. 1547), sostiene, al igual que Thomas Smith y Ascensión Hernández de León-Portilla, mas a diferencia de Karen Dakin, que este trabajo pudo haber sido fruto de la mano de Olmos. Acerca del *Vocabulario trilingüe* o Ms. Ayer de 1478, llega a la conclusión, después de un profundo análisis, de que pudo intervenir en su confección un hablante de la lengua mexicana, pero no por ello dejó de tener la dirección de un misionero, quien tenía un conocimiento cabal de que en Occidente a los vocabularios se les añadían inscripciones al margen. También se percató de que dicho método fue empleado en el *Glosario otomí* (c. 1560) y en el *Glosario matlazinga* (1557).

Por otra parte, Karen Dakin en su texto “Vocabulario atribuido a Olmos ¿una tarea de aprendizaje?” conversa con Esther Hernández, así como Pilling, Acuña, Sullivan, Hernández de León-Portilla, Smith y de Pury Toumi sobre la autoría del *Vocabulario* atribuido a Olmos, el cual se halla en la copia que del *Arte de la lengua mexicana* está depositada en la Biblioteca del Middle American Research Institute de Tulane University. Posteriormente, señala que el *Vocabulario* se estructura en tres secciones: la primera posee verbos terminados en las “secuencias de letras *-huya, -tia, -ta, -ti, -li, -tla*”; la segunda, verbos “ordenados alfabéticamente por terminación *-lia, -ma, -mi, -mia, -na, -ni, -nia, -oa, -ua, -ui*”; y la tercera por “verbos agrupados alfabéticamente como *-ca, -ça, -tzo, -cha, -chi, -chia, -pa, -pi, -qui, -qua, -ya*”. A partir de ello, y a través de una comparación con el *Arte* de Olmos, determina que presenta explicaciones más descuidadas de esta clase de palabra y otras diferencias, como el manejo de la letra *h*. Por lo anterior, supone que el *Vocabulario* de la Biblioteca de Tulane es una “copia tardía” del que elaboró fray Andrés y que no es producto de la mano de este franciscano, sino de la de un estudiante.

El último trabajo que cierra esta sección y el libro es el de Mercedes Montes de Oca Vega, intitulado “Más allá de la nahuatlización del cristianismo”. A partir de este término retomado de Charles Dibble, propone que, dentro de las obras emergidas en esta institución, se empleó una serie de “recursos discursivos y estilísticos”, como las metáforas, los difrasismos prehispánicos y difrasismos nuevos que ayudaron a la consolidación y divulgación de la nueva fe entre los indígenas. Montes de Oca advierte que los frailes también se valieron de distintos procesos morfológicos (composición, incorporación y derivación) para la creación de neologismos y unidades onomasiológicas. Sobre este último caso, precisa que los sufijos nahuas que

fueron altamente productivos para la construcción de ellas son *-liztli* (*tlaneltoquiliztli*, “artículos de la fe”), *-tica* (*teyotica*, “divino, divinidad, espiritual”), *-loca* (*yn imahuiztililoca yn totecuyo Dios*, “la honra de nuestro señor”) y *-loni* (*tlacohualoni*, “moneda”).

Como se puede observar, *El Colegio de Tlatelolco, síntesis de historias, lenguas y culturas*, editado cuidadosamente por Esther Hernández y Pilar Máynez, congrega distintas miradas que renuevan la visión de esta institución novohispana y que permiten valorarla como una fuente indiscutible para el saber universal. Entre sus paredes se albergaron grandes figuras, como Andrés de Olmos, Alonso de Molina, Bernardino de Sahagún, Maturino Gilberti y muchos otros; así como los alumnos nativos, entre ellos Pablo Nazareno y Juan Badiano, que llegaron a ser dignos latinistas, políglotas y maestros sin cuya colaboración y entrega no se hubieran podido sacar a la luz textos de carácter histórico, doctrinal, antropológico, etnográfico, lingüístico y botánico, que hoy en día siguen despertando el interés de muchos estudiosos, como los aquí reunidos.